

de humor de recibir al marido, hasta puede mandar un cortés recado de que vuelva á otra hora.

Una sola puertecilla y un corredor divide generalmente el haren del selamlik, y sin embargo, vienen á ser como dos casas lejanas la una de la otra. Los masculinos van á visitar á los *effendi*, y las femeninas á las *hanum*, sin encontrarse nunca, ni oirse, y aun en las más de las ocasiones son gentes desconocidas los unos de los otros. Los sirvientes son distintos, y separadas casi siempre las cocinas. Cada cual se divierte y derrocha por su cuenta. Rara vez come el marido con la mujer, especialmente cuando tiene más de una. No poseen nada comun, á no ser el divan en que se aproximan. El hombre no entra jamás en el haren en calidad de marido, es decir, en calidad de compañero ó de padre y educador de sus hijos, sino en calidad de *amante*. Al entrar, deja á la puerta todo pensamiento, toda idea, todo cuanto pueda turbar el placer que busca, todo aquello, en fin, de su propia persona, que no tiene nada que ver con sus deseos de aquel momento.

Va allí á olvidar los cuidados, quehaceres ó dolores de la jornada, ó mejor, para sumirse en un propio sentimiento, no para pedir luz á una mente serena, ni á confortar su ánimo con otro corazon sensible. Ni su mujer le serviría despues de todo. No se cuida ni aun de presentarse á su amada circundado de cierta gloria, de cierto ingenio,

con cierto saber, con cierto poderío, con algo que pudiese hacerlo más interesante y á ella más amable. ¿A qué? Es el dios del templo, y le es debida la adoracion. No tiene necesidad de hacerse valer; con preferir á una, la preferencia ya basta á que ésta se le presente agradecida en aquel dia ó en aquel instante, concediéndole á su señor ese sentimiento de gratitud que basta para el amor que el amante desea. *Mujer* significa *placer* para él. Aquel nombre lleva directamente su pensamiento á este sentido; aún más: equivale el nombre mismo al sentido, y por esto le parece impúdico el pronunciarlo, y jamás lo pronuncia; y si ha de decir:—Me ha nacido una hembra, dice:—Me ha nacido una velada, una incógnita, una extranjería.—Así no puede existir una intimidad verdadera entre ella y él, porque subsiste siempre entre uno y otro como el velo del sentido, que esconde los infinitos secretísimos rincones del alma, que no aparecen sino á través de la límpida familiaridad larga y tranquila.

Además, la mujer constantemente preparada á recibir la visita, vestida y adornada para aquel determinado momento, dispuesta de continuo á vencer á una rival ó á conservar un predominio incesantemente amenazado, há menester usar ardidés de cortesana, violentarse á sí misma, á fin de que todo sonría en torno de su señor, aunque su corazon esté triste, mostrándole cada dia la

máscara alegre de una mujer afortunada y feliz, con objeto de que él no se incomode y la desdigne.

Por esta razon el marido la conoce frecuentemente como esposa, y no la ha conocido, ni la conoce luego, ni como hija, ni como hermana, ni como amiga, ni como madre. Y así deja que se esterilicen en ella misma poco á poco las nobles y elevadas cualidades que ni pudieron revelarse, ni que caso de manifestarlas habían sido estimadas. Se habitúa por tal camino á cuidarse, si no de aquello que se busca en ella, sofocando resuelta á menudo la voz del corazon, la voz del espíritu, á fin de hallar en una cierta somnolencia de vida animal, ya que no la felicidad, la paz al ménos.

Confortan su alma, cierto, los hijos, y el marido los busca y los abraza delante de ella; mas es consuelo amargado por el pensamiento de que quizás una hora antes ha besado y abrazado á los hijos *de otra*, que besará una hora despues á los de una tercera, y luego á los de una cuarta, y así sucesivamente á veces en operacion simultánea, á veces de año en año ó de ménos en ménos tiempo. El amor de amante, el afecto de padre, la amistad, la confianza, todo está dividido y subdividido, y lleva marcado su horario, sus condiciones, su medida, sus ceremonias: con lo que todo es frio ó insuficiente.

Y además, hay en el fondo algo de desprecia-  
tivo y de injurioso siempre para la mujer, en el

amor del marido, que constantemente mantiene al lado de ella un eunuco que la guarde y la vijile.

El le dice en sustancia:

—Te amo, eres «mi alegría y mi gloria,» eres «la perla de mi casa;» pero estoy seguro de que si este *mónstruo* que te cela fuese un *hombre*, te prostituirías con tu criado.

\* \* \*

Varían mucho, no obstante, las condiciones de la vida conyugal, segun los medios pecuniarios del marido, aun no teniendo en cuenta que quien carece de recursos para mantener á más de una mujer, está obligado á contentarse con una mujer sola.

El señor rico vive separado en espíritu y en casa de su mujer, porque puede montar un departamento ó hasta una casa sola para ella, y porque queriendo recibir amigos, clientes, aduladores, sin que sus mujeres sean vistas ni molestadas, se halla precisado á habitar con cierto aislamiento.

El turco de clase media, por razones de economía, vive más próximo á su mujer, la ve con ma-  
CONSTANTINOPLA.—T. II. 3

yor frecuencia, y establece entre ambos más familiaridad.

El turco pobre, por último, necesita ocupar el menor espacio, gastando lo ménos posible, y come, duerme y consume todas las horas de que dispone al lado de la mujer y de los hijos.

La riqueza, divide; la pobreza, une.

En la casa del pobre no media diferencia realmente entre la vida de la familia cristiana y la familia turca. La mujer que no puede tener una esclava trabaja, y el trabajo ennoblece su dignidad y condicion, al par que eleva su autoridad en el seno del hogar doméstico. No es raro que ella vaya á sacar del café ó de la taberna al marido ocioso, y que se lo lleve á casa por delante á puntapiés. Se tratan de igual á igual, y pasan la tarde el uno al lado del otro á la puerta de la casa. En los cuarteles más apartados van á menudo juntos á la compra; y muchas veces en algun cementerio solitario meriendan reunidos los cónyuges, cerca de la tumba de un pariente y rodeados de los hijos, á la manera de las familias de obreros ó trabajadores en nuestros países.

Tal espectáculo es más conmovedor, precisamente porque no es el usual. Y no hay manera de contemplarlo sin sentir y reconocer que existe algo de necesario, universal y eternamente bello en aquel nudo de almas y de cuerpos, en aquel grupo único de afectos; que no hay sitio para otro;

que sería nota disonante en aquella armonía, destruyéndola ó manchando su pureza; que la piedra angular, la base de toda sociedad justa y ordenada allí reside;—que cualquiera otra combinacion de afectos y de intereses está fuera de la naturaleza ó contra ella;—que solo aquello es una familia, y lo demás un ganado, un rebaño, una piara, una manada; que aquello es la casa, en fin, y lo que no es aquello, es un lupanar.

\*\*\*

¡Y hay quien afirma que á las mujeres orientales les satisface la poligamia y que no conciben ni aun que sea injusta!

Para creer semejante aserto es forzoso desconocer, no ya el Oriente, sino hasta el alma humana. Si fuese verdad, no sucedería lo que acontece, á saber: que no hay muchacha turca que aceptando la mano de un hombre no le ponga por condicion que no ha de desposarse con ninguna otra mientras ella viva. Si fuera verdad, tampoco se repetiría tanto el caso de desposadas que tornan al seno de sus respectivas familias cuando el marido falta á la promesa. Si fuese exacto aquel

aserto, no existiría el proverbio turco: *casa de cuatro mujeres, barca en borrasca.*

Más aún: si la mujer turca es adorada de su marido, no puede ménos de maldecir la poligamia, desde el momento que vive constantemente amenazada por aquella espada de Damocles sobre su cabeza, por tener cada día una nueva rival, no lejos ni recatada, aunque siempre culpable, como generalmente ocurre con las amantes europeas, sino instaladas al lado de la primitiva mujer turca, en su propia casa, con los mismos títulos, con los mismos derechos. Triste ha de ser para ella ver á una de sus esclavas elevada á la categoría de odalisca, alzando provocativa é insolente la frente ante ella, tratándola de potencia á potencia y echando hijos al mundo tan legítimos, como los de aquella verdadera esposa primitiva.

Es imposible que su corazón no sienta la injusticia de aquella ley. Cuando el marido por ella adorado le lleva á casa otra mujer, de fijo que no pensará en que su esposo no hace despues de todo sino usar de un derecho que le concede el Profeta; sino que en el fondo de su alma sentirá que hay una ley más antigua y más santa que condena aquel acto como una traicion y un abuso de poderoso; sentirá que aquel hombre ya no es suyo, que el nudo ha sido disuelto, que su vida queda despedazada y que tambien ella tiene el derecho de rebelarse y maldecir.

Y aunque no ame á su marido, tiene mil otras razones para detestar la ley; el interés de sus hijos, su amor propio herido, la dura condicion en que se la coloca, debiendo elegir entre el abandono completo ó el abandono relativo que ha de reducirse á ser buscada por compasion y lástima de vez en cuando por su marido, y no por amor, sino para satisfaccion de sensuales deseos.

Se dirá que la mujer turca sabe que tambien le sucede lo mismo á las mujeres europeas. Es cierto; pero sabe al propio tiempo que á la europea no se le obliga por la ley civil ni por la religiosa á llamar hermana á la que envenena su existencia, y que tiene al ménos el consuelo de ser considerada cual víctima, contando con varios recursos para consolarse y vengarse sin que el marido le pueda decir como le dice el polígamo á su mujer infiel:

—Tengo el derecho de amar cien mujeres, y tú el deber de no amar á nadie más que á mí.

\* \* \*

Verdad es, por otra parte, que rodean á las turcas muchas garantías legales y muchos privi-

legios de jurisprudencia ó de costumbre convertidos en leyes.

Por ejemplo: generalmente se las respeta con ciertas formas de gentileza caballeresca. Ningun hombre osará alzar la mano á una mujer en la calle. Ningun soldado, ni aun en el desenfreno de las sediciones, se atrevería á maltratar á la más insolente de las mujeres del pueblo bajo. El marido trata á la esposa con deferencia hasta ceremoniosa. La madre es objeto de particular culto. No se dá el ejemplo de que un hombre obligue á trabajar á su mujer para vivir á sus espensas. El esposo asigna invariablemente la dote á su esposa; ella no aporta al matrimonio sino alguna que otra esclava y sus ropas y alhajas. Caso de repudio ó de divorcio, el esposo ha de señalar á la mujer alimentos, y semejante obligacion le priva de usar malos tratamientos contra las bellas, pues les daría á ellas derecho tales causas, para obtener la separacion.

La facilidad de divorcio remedia en parte las tristes consecuencias de los matrimonios hechos casi por lo comun á ciegas, efecto de la especial constitucion de la sociedad turca, donde los dos sexos viven aislados.

De poco há menester la mujer para conseguir el divorcio: que el marido la haya maltratado una sola vez; que la haya ofendido en conversacion con otros; que la haya tenido en olvido por cierto tiempo.

Cuando necesita quejarse de su marido, presenta por escrito su querrela á los tribunales; puede presentarse en persona á un Visir, del cual es siempre recibida y escuchada benévolaente. Si no vive en paz con las otras mujeres, el marido se ve precisado á ponerla casa aparte; y aunque estén todas de acuerdo, en todo tiempo goza la mujer del derecho de un departamento separado.

El hombre carece del derecho de convertir en odaliscas las esclavas que la mujer aportó al matrimonio, y del de desposarlas.

Una mujer seducida y abandonada tiene en la ley amparo para hacer que su seductor se case con ella, si éste no posee ya cuatro mujeres; y si las tuviere, todavía le queda el de reclamar que la haga su odalisca (1), la lleve consigo y reconozca en todo caso sus hijos. Hé aquí por qué no hay bastardos entre los turcos.

Son rarísimos los célibes; rarísimas las solteras; bastante ménos frecuentes de lo que se piensa los matrimonios contraidos por coaccion de los padres, porque la ley castiga á los que obligan á sus hijos para que los contraigan.

El Estado dá pensiones á las viudas sin padres y pobres, así como á las huérfanas. Muchas niñas

(1) Amante.—Tambien se dá este nombre á las mujeres encargadas del servicio de las hermanas del Sultan, y que sirve á la mesa cuida las habitaciones.

abandonadas en la calle, son recogidas por señoras ricas, que las educan y las casan. Es muy extraño que una mujer quede sin proteccion y en la miseria, sea quien sea.

Todo esto es bello y es bueno; pero no quita que los turcos hagan reir cuando pretenden, comparando la mujer turca á la europea, que las condiciones en que aquella vive son más ventajosas con mucho que las en que arrastra su existencia la mujer de nuestros países; igualmente que cuando afirman que la sociedad de ellos se encuentra inmune de la corrupcion de que acusan á la europea. ¿Qué valen las formas de respeto que rodean á la turca, si su calidad de mujer supletoria es, por sí misma, humillante? ¿De qué le sirven las facilidades del divorcio y de las nuevas nupcias, si sea quien fuere el nuevo esposo disfruta del derecho de colocarla en idénticas condiciones que aquellas que motivaron su separacion del anterior marido? ¿Qué supone el reconocimiento obligatorio de los hijos ilegítimos, si el padre carece de recursos para mantenerlos, y de qué les vale á los cincuenta *legítimos* este título, si á él vá anejo el de la *bastardía* por la miseria ó el abandono?

Dícese que no ocurren ejemplares de infanticidios; ¿pero quién cuenta los abortos intencionados, para los cuales existen hasta casas especiales montadas al efecto?

Dícese que ignoran en qué consiste la prosti-

tucion, al estilo oficial y reglamentada de la mayor parte de las naciones civilizadas; ¿mas qué significa despues de todo la organizacion del oficio de las mil concubinas caucáseas, compradas y vendidas cien veces?

Dícese que por lo ménos la prostitucion no es pública. ¡Qué irrision! Murad III ordenó mandar más allá del Bósforo á todas las hembras de cierta vida; pues bien, se sabe que la pesca llenó la red, y las cuerdas de desterradas fué muy considerable. ¿O se nos querrá convencer de que es más fácil que un hombre sea fiel á cuatro mujeres que á una sola? ¿O se intenta, por ventura, que el poseedor de cuatro mujeres no comete pecados fuera de casa y fuera de su religion?

¡Que nos hablen de moralidad los hombres más devotos de la *nefanda voluptas* que viven sobre la haz de la tierra!...

\* \* \*

De lo precedente dedúcese la mujer turca.

La mayor parte se limitan á ser *hembras agradables*. La generalidad no saben sino leer y escribir, y ni leen ni escriben; las que poseen una su-

perfidísima cultura son milagros de la creacion. Ya hay turcos que definen á las mujeres de su raza, "séres de cabellos largos y de inteligencia corta," y no les conviene á ellos que eduquen su inteligencia las mujeres, á fin de que no sean superiores ó iguales á sus señores. Así, pues, no instruyéndose mediante los libros, ni por medio de la conversacion con los hombres, permanecen en la más crasa ignorancia.

Del aislamiento de los dos sexos nace que á cada uno le falta algo: á ellas, gentileza y agrado; á ellos, altura de miras y elevacion de alma. Los hombres se convierten en rudos, las mujeres en comadres. Y no cultivando de la sociedad cada uno sino reducido círculo mujeril, retienen casi todos hasta la vejez algo de pueril en las ideas y en los modales; una loca curiosidad por cosas varias, un asombrarse de todo, un dar importancia á tonterías, una maledicencia mezquina, un hábito de desdeñar por despecho, propio de educandas, un reir descocado con cualquier motivo, un divertirse horas enteras en juegos infantiles, tales como el de perseguirse de habitacion en habitacion ¡para quitarse de la boca unas á otras un confite!...

Cierto que tienen por contraposicion, para decirlo al revés de los franceses, la buena cualidad en el defecto; y es á saber, que son naturalezas claras, transparentes, en las cuales se lee como en

libro abierto desde el primer instante; que son lo que parecen, *personas verdaderas*, segun la expresion de Mad. de Sevigné, no máscaras, ni caricaturas, ni monos de imitacion; mujeres francas y completas, de una sola pieza, hasta en la tristeza. Y si es verdad que basta que una de ellas jure y perjure acerca de un asunto cualquiera, para que ninguno le dé crédito, de esto no se induce sino que ignoran el arte hasta el punto de desconocer la manera de presentar verosímil la mentira. Y no es pequeña alabanza la de consignar que entre ellas no existen doctoras insoportables, ni maestruchas de esas que no charlan de otra cosa que de lenguas y de estilos literarios, ni criaturas románticas y vaporosas de las que moran en otras regiones que las de la vida real. Pero tampoco ha de omitirse que aquella existencia augusta, privada de las altas recreaciones del espíritu, en la cual yace eternamente sin satisfaccion el deseo instintivo de la juventud y de la belleza, el ser admiradas y lisonjeadas, exaspera el ánimo, lo ágría y endurece; y libres del freno de la educacion, se precipitan en toda especie de excesos cuando la pasion lo reclama. El ocio fomenta en ellas infinitos caprichos insensatos, obstinándose por satisfacerlos y deseando pagarlos á toda costa.

Bajo otro punto de vista, dada aquella atmósfera sensual del haren, en el centro de aquella compañía de mujeres inferiores á las señoras por naci-

miento y educacion, lejos del hombre que refrenaría sus ímpetus de palabra, usan las damas un lenguaje de indecible crudeza y desnudez; desconocen las medias tintas de la expresion, y exponen el pensamiento sin velo alguno; antes bien, amando las palabras que sonrojan, las bromas impúdicas, las locuciones inverecundas, el equívoco plebeyo, se hacen mordaces é insolentes, hasta el punto de que los europeos que entienden el turco, sucede en ocasiones que oyen de boca de una *hanum* de aspecto casi mayestático, atrocidades tales produciéndose contra un comerciante grosero, por ejemplo, que apenas se conciben en labios de mujeres de la última ralea entre nosotros.

Semejante acrimonia vá creciendo á compás del aumento de sus relaciones con mujeres europeas, ó á medida que penetran más y más en el fondo de nuestras costumbres, alimentando y desarrollando en ellas el espíritu latente de rebelion; y cuando son amadas, se vengan de sus maridos con caprichosas tiranías en pago de la tiranía social á que están sujetas.

Muchos pintaron la mujer turca dulce, llena de mansedumbre, vergonzosa. Pero tambien hay almas atrevidas y feroces. Hasta en las conmociones populares se ve á algunas en primera línea. Se arman, se agrupan, detienen los carruajes de los visires, los insultan, los apedrean y rechazan la fuerza con la fuerza. Son dulces y mansas, en su

ma, lo mismo que las demás mujeres: cuando la pasion no las excita ni las enardece.

Tratan amorosamente á las esclavas si no están celosas de ellas; muestran ternura para con los hijos, aunque no sepan ni se cuiden de educarlos; contraen amistades íntimas y profundas las afligidas por el mismo dolor, las rechazadas por los maridos, v. gr., demostrándose recíprocos entusiasmos juveniles y afectos sinceros, y se visten del mismo color, y se perfuman con las mismas esencias, y se pintan lunares de la misma forma y en los mismos sitios. Y aquí podría añadir lo que escribió más de una viajera europea: "que conocen todos los vicios de Babilonia;" ¡pero me repugna en cosa tan grave, afirmar sobre la fé ajena!

\*\*\*

Tal cual es su índole, así son sus maneras.

Parecen chicuelas de buena familia, crecidas en el campo, y á la edad esa en que ya no son bastante niñas, ni todavía bastante mujeres formadas para que sus deliciosas inconveniencias sociales dejen de ser corregidas por miradas amena-

zadoras ó de reconvencion de la mamá. Es preciso oír hablar acerca del asunto á una señora europea que haya visitado un haren. Es una cosa altamente cómica.

La *hanum*, por ejemplo, que en los primeros minutos de la visita ha estado sentada en el sofá con igual compostura que la europea, de repente cruza las manos detrás de la nuca en actitud de esperezo, bosteza haciendo ruido ó se coje una rodilla en alto, con ambas manos cruzadas, como antes se cogió la cabeza. Acostumbradas á la libertad, por no decir á la licencia, del haren, á las posturas atrevidas del ocio y del aburrimiento, é impregnadas de molicie á consecuencia de los largos baños, se cansan pronto de una compostura forzada. Se acurrucan en el divan, se vuelven y revuelcan continuamente retorciendo y desarugando de mil maneras las orillas de sus trajes, se hacen un ovillo, se cogen los piezecitos con las manos, se colocan un cojin entre las piernas en posición vertical y apoyan en él los codos, se estiran, alargan las piernas, se enroscan como los gatos, ruedan del divan al colchon, de los colchones á los tapices del suelo, de los tapices á los sitios donde no los hay echándose en el mármol, y se adormecen dónde y cuándo el sueño las sorprende.

Una viajera francesa ha dicho que las turcas tienen algo del molusco. Siempre se encuentran

en tales posturas que se las puede recojer como un bulto, como un lío informe entre los brazos.

Su posición ménos violenta es la de sentarse con las piernas cruzadas. Y de eso se deriva lo enarcado de sus piernas, puesto que desde la infancia es su actitud predilecta y frecuente.

¡Y con qué garbo se sientan! En los cementerios y en los jardines se las ve. Se dejan caer á tierra como desplomadas, permanecen inmóviles á la manera de estátuas, y se levantan rápidamente y con un único esfuerzo sin apoyarse en las manos. Ponerse de pié y sentarse, son los dos movimientos más vivos y rápidos de las turcas. La gracia de ellas reside en el reposo—en el arte de evidenciar las bellas líneas curvas de sus personas con actitudes soñolientas, con la cabeza echada atrás, suelto el cabello y con los brazos caídos,— arte que arranca oro y joyas al marido, y enardece la sangre y turba la razón á los eunucos.

\*  
\*  
\*

El estudio de este arte no es el último de los medios que buscan para aligerar el mortal aburrimiento que las consume en el haren; fastidio que



Se pasan horas y horas con la cara pegada á las celosías viendo los transeuntes ó mirando los perros.

Enseñan una palabra nueva á un papagayo.

Bajan al jardín á columpiarse.

Suben luego para rezar.

Terminada la oracion, se echan en el divan á jugar á los naipes.

Saltan al suelo como cabras cuando se les anuncia la visita de una pariente ó de una amiga...

Y... vuelta á comenzar la série de cosas; sorbo de café, chupadas de cigarrillos, de *narguilé*, imonadas, confites, merendonas, risotadas sonoras... hasta que la visita se vá y el eunuco aparece en el dintel para decir en voz baja:

—El Effendi.

¡Ah, gracias á Dios! Él es quien lo manda, Alá lo envía... y, aunque fuese el más feo marido de Stambul!

\*  
\* \* \*

Esto ocurre en los harenes, donde ya que no otra cosa, hay paz al ménos.

En los demás, el tédio se halla sofocado por

las pasiones, y la vida se arrastra mejor que se lleva, ó aun mejor dicho, se realiza á saltos y tropezones y caidas.

Impera la tranquilidad en el haren cuya mujer es Reina, porque ni el marido mira á las esclavas; ni mantiene enredos ó intrigas fuera de casa.

Asimismo, si no felicidad, paz cuando ménos, se advierte en los harenes donde varias mujeres de carácter frio ó ligero, reciben al marido cuando les toca su turno, sin amor, sin ambiciones de predominio, sin preferencias, sin celos, sin disturbios, y él mismo no hace excepciones ni diferencias irritantes.

Estas mujeres de buena pasta, procuran sacar al Effendi todo el dinero que pueden, habitan en la misma casa, viven en la mejor armonía, se llaman hermanas, se divierten juntas, y en paz: el barco, segun reza el proverbio, está construido por los demonios, y de pésima manera, pero de todos modos, vá adelante, que es el caso.

Tambien hay paz, al ménos aparentemente, en el haren en que la mujer pospuesta á la recién llegada, se resigna con su suerte, rechazando las migajas del festin orjiástico del otro amor de su marido, permanece su amiga, sigue en su casa, y busca consuelo en el afecto de los hijos, adoptando digna reserva y recogimiento digno.

Pero precisamente acontece lo contrario en los

CAPILLA ALEJANDRINA  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
U. N. I.

harenes en los cuales se hallan reunidas mujeres de corazón fiero y de sangre caliente, que rechazan la comandita del amor con sus rivales, que no soportan la vergüenza del abandono, que no se resignan á ver pospuestos sus propios hijos á los de otra madre.

• En estos harenes, dicho se está que hay un infierno.

Aquí se llora, allá se grita, se rompen porcelanas y cristalerías, se mata á las esclavas á alfilerazos, se urden conjuraciones, se meditan delitos, y á veces, se consuman: envenenamientos, puñaladas, vitriolo en la cara, son accidentes bastante usuales. La vida en tales parajes, es horrible trama de persecuciones, de odios implacables, de guerras intestinas, sordas y feroces.

El hombre, en resúmen, que tiene varias mujeres, ó ama una de verdad, entonces carece de paz; ó las ama á todas por igual hasta cierto punto, para gozar de tranquilidad, ó no siente amor por ninguna.

Y en todos casos, camina por lo comun derecho á su ruina; porque si entre sus mujeres no hierven los celos de amor, se encuentran en ebullicion los celos de amor propio, las rivalidades de ambicion, de lujo y de esplendidez y riquezas.

Y así, no le es permitido regalar á su predilecta del dia una joya, un coche, una casa de campo á las orillas del Bósforo, sin que se produzca una

tempestad; hallándose en el compromiso perenne de hacer por todas lo que hizo por una, lo cual equivale, segun se apuntó antes, á la ruina, puesto que necesita comprar la paz á peso de oro.

Lo que acontece con las mujeres, aplíquese á los hijos; los cuales, ó son hijos de la madre que yace en negligencia, y entonces ódian, ó son hijos de la favorita, y entonces, son odiados. Y fácilmente se comprende qué educacion recibirán en el haren, en el corazón de aquellos hogares, si así puede llamarse á aquellos sitios, donde el núcleo es una constante intriga y la envoltura un perpetuo rencor; allí, entre esclavas y eunucos, sin el cuidado del padre, sin el ejemplo del trabajo, en aquella atmósfera de voluptuosidad y sensualismo.

¡Qué educacion, particularmente para las niñas, habituadas desde los pocos años á avezarse y adiestrarse en los sistemas de la seduccion, fundando en ella precisamente sus esperanzas; su futura fortuna, y estudiando aquellas artes, á las cuales ciertamente no cuadra el epíteto de *amorosas* y que aprenden en parte de la madre, en parte de la esclava, y el resto de Caragueuz.

\*  
\*  
\*

Todavía en las varias especies de harenes, además de los pacíficos y tormentosos, se dan otras clases.

El haren del turco jóven y despreocupado que secunda las tendencias europeas de las mujeres turcas, y el del turco rigorista por sentimiento individual ó dominado por los padres, particularmente por una madre vieja, musulmana inflexible, siente aversion hácia cualquier género de innovaciones y que influye en aquel á fin de que gobierne su casa segun el ideal de ella.

Entre ambos harenes, media extraordinaria diferencia.

En el primero se remeda la casa europea.

Existe piano, y una profesora cristiana enseña la música á la *hanum*. Se compran veladores y mesitas de labor, sillas de paja, camas de moda, escribanías. De las paredes cuelgan, por ejemplo, retratos del Effendi, hechos al lápiz por un pintor italiano de Pera; en un rincon se abre un armario con un par de docenas de libros, entre los cuales se cuenta un pequeño diccionario turco-francés, y el último número de la *Mode illustrée*, que recibe la señora por segunda mano de la mujer del Cónsul de España.

La señora posee tambien cuanto requiere el que se dedica á la acuarela, y pinta con entusiasmo flores y frutas. Ella asegura á sus amigas que ignora ya lo que es el tédio.

Entre trabajo y estudio, escribe sus memorias. A cierta hora recibe al profesor de francés (un viejo jorobado y espiritado, por supuesto), con el cual se ejercita en la conversacion. De vez en cuando, viene á retratarla un fotógrafo femenino de nacionalidad alemana, establecido en Galata. Si enferma, la visita un médico europeo, aunque sea guapo mozo, puesto que el marido no es tan brutalmente celoso como determinados amigos suyos montados á la antigua.

Tampoco faltan sesiones con modistas parisienses que visten á la señora, con arreglo al último figurin venido en el periódico de modas, y cuyo traje será sorpresa agradable para el Effendi la noche del jueves, dia sacramental para los esposos musulmanes, que deben pagar en esa noche como amorosa letra de cambio á su "hoja de rosa."

Y el Effendi promete á cambio de la sorpresa, que la llevará á ver desde la claraboya de una torre ú otro sitio análogo, el primer gran baile que dará la embajada inglesa en el próximo invierno, porque conviene saber que este jóven Effendi despreocupado, es un señor de grande importancia.

La hanum de que hablamos, se reduce, en suma, á una señora europea de religion musulmana, y así lo asegura á sus amigas:

—Yo vivo como una *cocona* (como una cristiana), les dice.